

## Las banderas como excusa (Jesús Prieto Mendaza)

22.02.08 -

El 22 de febrero de 2000, hace hoy ocho años, morían asesinados Jorge Díez Elorza y Fernando Buesa Blanco. Sus asesinos apretaron el mando a distancia que activó la bomba esgrimiendo como excusa que lo hacían en nombre de la patria vasca, una nación representada para ellos por los siete herrialdes y por los colores de la ikurriña.

Ciertamente una bandera, como un himno, representa a todo un pueblo y es mucho más que un conjunto de colores para la ciudadanía. Si realmente supera la mera imagen de trapo coloreado, esto ocurre puesto que la bandera encierra en sí toda una simbología para una comunidad determinada. Es ese elemento simbólico el que convierte una tela en un objeto con un valor añadido, precisamente por ser en sí la representación de un Estado, nacionalidad, región, ciudad o club de fútbol.

Jamás he portado en mi solapa bandera alguna, incluso me atrevería a afirmar que quienes portan de forma ostensible enseñas, sean las que sean, me infunden cierto temor; pero a pesar de ello las respeto, pues no puedo sino pensar que al hacerlo estoy reverenciando a aquellos hombres y mujeres de bien que las sienten como suyas. Y he aquí la fundamental asociación simbólica de una bandera con las personas a quienes representan.

La bandera española que porta en su uniforme una joven teniente médico ayudando a evitar que mueran don niños afganos destrozados por una mina antipersonal es merecedora de mi veneración. Por el contrario, esa misma bandera (realmente no sería la misma, puesto que probablemente estaríamos hablando de una enseña preconstitucional) portada por un salvaje neonazi no me provoca sino náuseas.

De igual manera la ikurriña portada por Unai Basurko merece todo mi afecto y reverencia, pues representa, me representa, a todo un pueblo de bien, el vasco. Aún así, si es portada por sujetos de la catadura moral de 'Txapote' o de los asesinos de Jorge y Fernando, no puedo sino asociarla a nuestro reprobable y particular fascismo 'made in Euskal Herria'.

Esto que yo experimento, y que ocurre a muchos de nuestros conciudadanos, es un sentimiento de normal asociación entre el símbolo y a quien a éste vemos asociado. Relación que mencionaba ya Ernest Renan en sus ensayos sobre la nación.

Ernest Renan pronunció su famosa conferencia '¿Qué es una nación?' en 1882, finalizada la guerra franco-prusiana que supuso la reivindicación de Alsacia y Lorena por la potencia germana, escudándose precisamente en la cercanía cultural y lingüística de sus habitantes con Alemania. Su concepción de nación huía expresamente de la afinidad lingüística, para centrarse en la voluntad de los ciudadanos de pertenecer a Francia. Podríamos por lo tanto afirmar que su teoría, que renegaba de la comunidad étnica, estaba fuertemente anclada en la concepción francesa de nación surgida en la Revolución de 1789: comunidad de ciudadanos libres, individualista y electiva. Tanto es así que, alejándose de concepciones primigenias o historicistas de los derechos del Medievo, insiste en reinventar las naciones desde los derechos individuales de los ciudadanos y desde la mezcla de las diversas poblaciones de un mismo país. Así, Renan pone como ejemplo de vieja nación histórica a España por dos motivos: el primero, por la fusión de siglos entre las diferentes poblaciones que la han constituido y el segundo, haciendo referencia a las grandes empresas bélicas y de conquista comunes en las que todos participaron.

Creo, desde mi más profundo respeto a muchos de mis amigos, que la visión que transmite el nacionalismo vasco y que ha sido tradicional desde su fundación, se acerca más a la perspectiva de nación de Herder o Fichte; es decir, a un concepto de nación basado en la lengua, un pasado sin mezclas con otros grupos humanos y una pasada edad de oro primigenia (nativismo). Una visión más romántica que modernista, perspectiva ésta que resalta, una vez más, las diferencias y particularidades de cada grupo. Una definición de nación, y por lo tanto de identidad y pertenencia, que está, a mi modo de ver, más anclada en parámetros contrarrevolucionarios anteriores a 1789 (los derechos seculares del pueblo vasco son nuestra Constitución) que en la línea de ciudadanía marcada por la modernidad.

Es esta visión narcisista de la cuestión vasca la que critico, pues ya estoy un tanto hastiado de los discursos que inciden en las explicaciones de carácter culturalista, que intentan definirnos desde la exacerbación de la alteridad y a partir de la pertenencia a un determinado grupo cultural claramente definido desde los orígenes del hombre (concepto identitario éste que aumenta en la medida en la que se produce un progresivo proceso de vaciamiento de contenido de la ciudadanía definida desde la modernidad), perspectiva que ha alimentado durante décadas el sustrato teórico de quienes han hecho del tiro en la nuca su estandarte.

Es esta definición de nación, la que priva a una sociedad de su preciada complejidad, de sus contradicciones, de sus diferencias y por lo tanto de su vitalidad; hecho este que la inhabilita para poder reinventarse, para poder redefinirse día a día con las aportaciones de su propia pluralidad social. Decía mi antiguo y estimado profesor, Demetrio Velasco que la ciudadanía es la expresión de la dignidad del ser humano, de su autonomía y capacidad de autodeterminación para poder crear con sus iguales una vida en común digna de seres libres y sujetos de derechos por el mero hecho de ser hombres, no por pertenecer a pueblos o estamentos corporativos privilegiados. Recordemos que Fernando Buesa y Jorge Díez ya habían sido apartados, hacía tiempo, de la condición de ser de los nuestros. Y recordemos también que la manifestación de adhesión al lehendakari que siguió al asesinato (grave error del que todavía a día de hoy no se ha pedido perdón) subrayó con tinta infame esa exclusión.

No hace tanto, Josu Jon Imaz escribía en un celebrado, y para mí extraordinario, artículo lo siguiente: «Que el amor a lo propio no nos lleve a construir el futuro contra nadie». Como ese árbol al que equiparaba su obra Eduardo Chillida, enraizado en la tierra vasca pero con sus ramas y hojas abierto al mundo.

Detrás de esa bandera Fernando Buesa Blanco y Jorge Díez Elorza también caminarían decididos. ¿Por qué no empezamos ya a tejerla?